EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

LAS NUEVE DE LA NOCHE

ZARZUELA EN TRES ACTOS

COMPUESTA POR

D. GASPAR GOMEZ TRIGO Y D. FRANCISCO BERMEJO CABALLERO

MÚSICA DE LOS MAESTROS

D. MANUEL FERNÁNDEZ CABALLERO

Y

D. JOSE CASARES

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(*Sucesor de Hijos de A. Gullón.*)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1892

LAS NUEVE DE LA NOCHE

LAS NUEVE DE LA NOCHE

ZARZUELA EN TRES ACTOS

COMPUESTA POR

D. GASPAR GOMEZ TRIGO Y D. FRANCISCO BERMEJO CABALLERO

MÚSICA DE LOS MAESTROS

D. MANUEL FERNÁNDEZ CABALLERO

Y

D. JOSE CASARES

Representada por primera vez, con extraordinario aplauso, en el TEATRO DE LA ZARZUELA el 19 de Octubre de 1875.

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1892

PERSONAJES		ARTISTAS
—		—
MARÍA	DOÑA	MATILDE FRANCO.
TERESA	»	AMALIA SANDOVAL.
JUAN	DON	MANUEL SANZ.
CAPITÁN	»	ENRIQUE FERRER.
ALCALDE	»	JULIÁN JIMENO.

Mozas, Mozos, Muchachos del pueblo y Soldados.

La escena en una aldea de Aragón.—Año de 1837.

ADVERTENCIA. Los artistas encargados de representar esta zarzuela, deben tener presente que en la partitura de la misma hay varias piezas ó números, especialmente el primero, entre cuya letra y la de los respectivos cantables del libro, existen ligeras variantes que las conveniencias musicales han aconsejado hacer, pero que en nada alteran la índole de la obra.

ACTO PRIMERO

Decoración de calle: á la izquierda del actor, y en primer término, la casa del Alcalde con portón practicable: al lado de éste una reja.

ESCENA PRIMERA

TERESA, junto al proscenio, de pié, leyendo para sí una carta: MOZAS, saliendo por el foro de la izquierda; luégo los MOZOS; después el ALCALDE

MÚSICA

UNAS. Silencio, silencio,
con tiento llegad;
Teresa, de dudas,
nos puede sacar.
OTRAS. Está pensativa,
muy triste hoy está;
su dulce reposo
no es justo turbar.
UNAS. Lleguemos.
OTRAS. Volvamos.
UNAS. Un paso no más;

despacito, quedito lleguemos,
y en alegre sorpresa troquemos
su oculto pesar.

OTRAS. Volvamos.

UNAS. Lleguemos.

OTRAS. Un paso no más;
callandito de largo pasemos,
y si triste y llorosa la vemos,
volvamos atrás.

(Avanzan de puntillas hasta colocarse á conveniente distancia de Teresa, y dicen.)

UNAS. Una carta lee,
¿quién la escribirá?
Ya vencer no puedo
la curiosidad.

OTRAS. Si por las señales
hemos de juzgar,
es carta de amores.
¿Quién será el galán?

UNAS. Sepamos.

OTRAS. Callemos.

UNAS. ¡Silencio!

OTRAS. ¡Callad!

TER. (Dejando de leer y sin cuidarse de lo que pasa en escena.)
Sal para siempre del alma mía,
vaga esperanza de un loco amor,
que en el silencio de noche umbría
y en el bullicio de claro día,
eres mi ensueño fascinador.
Perdido el bien ansiado
de mi insensato afán,
jamás de mi ventura
el día brillará.
¡Jamás! ¡Jamás!

TODAS. Sus lágrimas denuncian
la pena que le acuíta,
alguna mala nueva

la carta le traerá.
¿Qué será?

Ter. Tú eras el nuncio de mi contento,
yo en mis ensueños volaba á tí,
y en los suspiros que doy al viento,
acongojada, falta de aliento,
la fe del alma se va de mí.
Perdido el bien ansiado
de mi insensato afán,
jamás de mi ventura
el día llegará.
¡Jamás! ¡Jamás!

Todas. Sus lágrimas denuncian
la pena que le acuita,
alguna mala nueva
la carta le traerá.
¿Qué será?

Unas. Veamos, lleguemos, de dudas salgamos,
salgamos de dudas, sepamos lo que es.

Otras. ¡Silencio, silencio! ¡Pregonan el bando!
La gente á este sitio se lanza en tropel.

(Mozos saliendo por el foro de la izquierda y confundiéndose con las Mozas.)

Unos. Asuntos son estos
de mucho interés,
que á todos nosotros
importa saber.

Otros. ¡Aquí del Alcalde!
Ninguno como él
de lo que pregonan
nos puede imponer.

Unos. ¡Que salga el Alcalde!

Otros. ¡Que salga! Bien, bien.

Alc. (Saliendo.)
Aquí está el Alcalde.
¿Qué hay? ¿Qué queréis?

Todos. Queremos que nos diga,

si gusta su mercé,
lo que por los indicios
aquí va á suceder.
Queremos que ese bando
explique su mercé.

ALC. El bando es un aviso
que al pueblo hace saber,
la próxima venida
de tropas, y á la vez
lo que llegado el caso
debéis todos hacer.
¡La guerra va en aumento!

TODOS. ¡La guerra!

ALC. ¡Sí, pardiéz!
Mas para que termine,
porque es guerra cruel,
prudentes y animosos
debemos todos ser.

TODOS. ¡La guerra va en aumento!
¡La guerra es cosa cruel!
Prudentes y animosos
debemos todos ser.

ALC. Nosotros á la Reina
juramos defender,
y nunca juró en vano
el pueblo aragonés.
Mas no debemos
desconocer
que nuestros enemigos
españoles son también.
Prudencia y ánimo
es menester.

TODOS. ¡Prudencia y ánimo!
dice muy bien.

ALC. No hay que apurarse,
no hay que temer;
tened confianza,

tened todos fe,
y cada cual cumpla
con su deber.

TODOS. ¡Dice muy bien!
Cumplamos todos
nuestro deber.

ALC. Idos tranquilos.

TODOS. ¡Dice muy bien!
Cumplamos todos
nuestro deber.

(Vanse los Mozos y las Mozas por distintos lados: el Alcalde les acompaña hasta el foro.)

ESCENA II

MARÍA, saliendo de la casa; TERESA y el ALCALDE

HABLADO

TER. (A María.) ¿A qué vienes aquí?

MARIA. Yo, señora...

TER. Sí, tú, que ahora con ese airecito parece que no eres capáz de romper un plato; pero que hace un momento, cuando esas buenas gentes te preguntaban lo que van pregonando, estabas tan hueca y tan vanidosa como si fueras la misma alcaldesa en persona. ¡Ya se ve! como cuando llega la hora de comer, á la señorita no le falta un plato en la mesa, y para los domingos tiene una saya y una cinta que lucir, ha creído que todos somos iguales, y no se le da nada porque los quehaceres de la casa anden como Dios quiere.

MARIA. Líbreme el cielo, señora, de olvidar quién soy y lo que á usted y á su hermano debo. Crea usted que si alguna vez tengo la desgracia de faltar en algo, es por ignorancia y bien contra mi voluntad. Yo hago cuanto me mandan lo mejor que puedo.

TER. Conque lo mejor que puedes, ¿eh?

MARIA. Sí señora: y además, no me olvido nunca de pedir á Dios por mis bienhechores.

TER. Ni palabra mala, ni obra buena. ¡Qué apostamos á que si dejo hablar á esta bachillera tengo que pedirla perdón! (María se enjuga las lágrimas con el delantal.) ¿No digo? Ya la tenemos convertida en una Magdalena. Con llorar y con hacerse la mosquita muerta, lo arreglamos todo. Vamos á ver. ¿Querrá usted decirme por qué ha salido á la calle? ¿Qué tenía usted que hacer aquí?

ALC. Cumplir con lo que yo la he mandado. Ha venido á pedirte la carta de Juan que te guardaste anoche. (A María.) Retírate, hija; cuída de poner un plato más en la mesa, y saca un buen jarro de lo añejo, por si acaso tenemos hoy algún convidado. (María entra en la casa.)

ESCENA III

TERESA y el ALCALDE

ALC. Vas echando muy mal genio, Teresa: tratas mal á María. Por un quítame allá esas pajas, ó porque te se antoja, la enderezas unas reprimendas que la haces llorar.

TER. (Con ironía.) En cambio tú la tratas con tanto mimo como si fuese hija tuya.

ALC. ¡La trato con mimo, porque se lo merece, porque así lo he prometido y porque lo manda Dios!... María es hija de mi amigo Cenón, de aquel valiente que peleó, como yo, por la independencia de su patria, y como yo, regó con su sangre los muros de Zaragoza. Cuando ya nada tenía que hacer con los franceses, tomó su absoluta, vino al pueblo y se casó. Un año después tuvo una hija, que le costó la vida á su madre. Cenón trabajaba como un negro para que nada faltase á Ma-

ría. Tenía ésta tres años cuando vinieron una noche á llamarme de parte de mi amigo, que estaba enfermo. Mi pobre mujer, que en paz descanse, quiso acompañarme. Fuímos allá y encontramos á Cenón espirando. «Jorge, me dijo, María queda sola en el mundo.» Aquí estamos nosotros, dijimos mi mujer y yo, y como si la muerte no hubiera esperado otra cosa, se lo llevó. Tragimos la chica á casa y... ¡Voto á Cribas! Que no me pesa, porque es dócil y agradecida, y sobre todo, ha cuidado á mi mujer con un cariño que..., vamos, lo mismo que si hubiera sido su madre. Cuando enviudé te ofreciste á vivir en mi compañía, y durante los primeros meses las cosas marcharon bien, y querías á María casi tanto como yo; pero de algún tiempo á esta parte, no la miras con buenos ojos, ni encuentras bien nada de lo que hace.

TER. Porque se ha vuelto orgullosa, holgazana y respondona.

ALC. ¿Quién, María?

TER. Sí, Jorge, sí. Y tú tienes la culpa: siempre sales á su defensa: todo lo que hace María está mejor que lo que hacemos los demás. y con estas cosas la chica va tomando unas alas que... ¡ya, ya! ¡Como que se cree el ama de la casa!

ALC. Eres injusta, Teresa. María es la humildad misma, y y aunque tuviese los defectos que tú la achacas, deberías corregirla con dulzura; pero nunca echarla en cara la hospitalidad que yo la he dado, para no hacerla amargo el pan que come en mi mesa, pan que, después de todo, ella gana con su trabajo.

TER. (Picada.) Ya sé yo que esta es tu casa y por consiguiente que tú eres el amo.

ALC. No lo digo por ofenderte, Teresa. Al fin y al cabo somos hermanos, y... ¡pero, qué demonio! A mí me gusta llamar al pan, pan, y al vino, vino. ¿Qué culpa tiene la chica de no ser fea y de tener menos años que tú?

TER. ¿Eso es decir que yo tengo envidia de María?

ALC. Envidia precisamente... no. Pero como vosotras las mujeres sois así...

TER. (Irritada.) Mira, Jorge...

ALC. (Interrumpiéndola.) ¡Eh! no hablemos más de esto. (Oyense á lo lejos tambores y cornetas.) ¡Pero, calla! Esos tambores anuncian la llegada del destacamento. Adiós. Tengo las boletas por extender y no puedo detenerme. Conque desarruga el entrecejo, y sin perder un momento, procura que todo esté dispuesto según he prevenido. Vamos, despacha. (El Alcalde entra en la casa; Teresa le sigue.)

ESCENA IV

JUAN, MOZAS y MOZOS del pueblo y SOLDADOS

MÚSICA

MOZAS. (Saliendo por el foro de la izquierda y dirigiéndose á la derecha.)

¡Ya cruzan por allí!
¡Ya vienen por acá!
Venid, venid, venid,
llegad, llegad, llegad.

MOZOS (Saliendo por el mismo lado.)

¡Ya asoman por allí!
¡Ya vienen hacia acá!
¡Qué grato tararí!
¡Qué alegre rataplán!

TODOS.
¡Unos vienen por aquí,
otros marchan por allá.
¡Qué apostura tan gentil
y qué marcialidad!
¡Si se quedan aquí,
fiestas no faltarán;

habrá música y baile,
música y baile habrá!
¡Ay, qué gusto, qué gusto, qué gusto!
¡Qué gusto me da!

(Los Soldados del destacamento, precedidos de tambores y cornetas y de varios muchachos del pueblo, que con su actitud y ademanes procuran imitarles, salen por el foro de la derecha, atraviesan el escenario en dirección de la izquierda, deteniéndose y dando frente al público, cuando, independientemente de la orquesta y con entonación vigorosa, lo indique la voz de)

JUAN. ¡Alto! ¡Frente á la derecha!...
¡Firmes!... ¡Descansen!... ¡Ar!...

—

¡Salve, nido de amores!
¡Salve, rico vergel!
Venturosos hoy mis ojos
te contemplan otra vez.

(Dirigiéndose á los Soldados y señalando á la derecha.)

Aquella de mis padres
morada fué,
y este el pueblo en que las brisas
arrullaron mi niñéz.

SOLDADOS. El cielo á su tierra
le trajo con bien.
¡Qué dicha! ¡Qué dicha!
¡Oh! ¡Quién fuera él!

MOZOS Y MOZAS. El cielo á su tierra
le trajo con bien.
¡Qué dicha! ¡Qué dicha,
volverle hoy á ver!

JUAN. Hoy por fin de nuevo aspiro,
lleno el pecho de ilusión,
de tu ambiente perfumado
el aroma embriagador.
Hoy por fin podrá mi alma
escuchar la dulce voz

de la hermosa á quien adoro,
de la prenda de mi amor.
¡Oh, noble tierra mía!
Tu puro, ardiente sol,
como en ninguna otra,
me consuela y da calor.

—

Salud, amigos míos.

MOZOS Y MOZAS. Salud, amigo Juan.
Mucho será tu gozo
al verte en el *lugar*.
De tan atróz campaña
rendido te hallarás.

JUAN. En ella por la Reina
mi sangre supe dar;
á sus rudos embates
no me rendí jamás.

MOZOS Y MOZAS. Siempre fué la milicia
tu más bello ideal.

JUAN. Es vida encantadora
la vida militar.

—

El hombre que valiente
henchido el pecho siente
de amor y de esperanza,
de brío militar,
en ancho campamento
encuentra su elemento,
su gloria más preciada
en ir á pelear,
al amante y bendito recuerdo
de su patria, su madre y su hogar.

—

Siempre late su pecho
felíz y satisfecho
si llegan sus fatigas
el triunfo á coronar.

Bella es la vida
del bravo militar.
Reir, beber, cantar,
sentir, luchar, vencer,
al amante y bendito recuerdo
de su patria, su madre y su hogar.

TODOS. Sentir, luchar, vencer,
reir, beber, cantar,
al amante y bendito recuerdo
de su patria, su madre y su hogar.

(Juan tercia el fusil, y con entera independencia de la orquesta, dice:)

¡Firmes!... ¡Vuelta á la izquierda!..
De frente... marchen... ¡Ar...!

(Vanse todos menos Juan, por la izquierda, en la misma forma que vinieron por la derecha. Los Mozos, las Mozas y los muchachos les siguen.)

ESCENA V

JUAN y el CAPITÁN; después TERESA; luégo el ALCALDE

HABLADO

JUAN. (Acercándose al Capitán que sale por la derecha y saludando militarmente.) ¡Mi Capitán!...

CAP. Anúncieme usted al Alcalde.

JUAN. (Dando con la mano varios golpes en la puerta.) ¡Ah de casa!

TER. (Saliendo sin ver á Juan.) ¿Quién llama? ¡Qué se ofrece?

JUAN. ¡Salud, y viva España!

TER. ¡Qué miro! ¡Juan!

JUAN. (Terciando el arma.) Presente, señora Teresa.

CAP. (A Teresa.) Dios guarde á la moza más garrida que hay en toda la comarca. (¡Vaya una hembra!)

JUAN. (Al Alcalde que aparece en la puerta.) Buenos días, señor Jorge.

ALC. ¡Muchacho! ¡Tú por aquí! Vengan esos cinco. Así, hombre, aprieta... (Examinándolo.) ¿Sabes que te sienta bien el uniforme y que tienes unos bigotes...?

CAP. (Que ha estado hablando con Teresa.) Lo dicho: es usted muy guapa.

ALC. Perdone usted, señor Capitán. Pero con la satisfacción de ver á este muchacho, que es hijo del pueblo, no había caído en la cuenta de saludar á usted.

CAP. Es natural; cuando uno se encuentra con un amigo de quien ha estado separado mucho tiempo...

ALC. ¿Cuánta gente trae usted?

CAP. En número, ochenta hombres; pero en calidad, doscientos, alegres y decidores, sobre todo con las muchachas; pero subordinados y valientes en todas ocasiones.

ALC. ¡Otra! ¡Como que son españoles! Por eso me duele tanto esta maldita guerra, porque nuestros enemigos son españoles también.

TER. (Reparando en las charreteras de Juan.) ¿Qué quieren decir esas charreteras?

JUAN. (Acariciándose el bigote.) ¡Que soy sargento primero!

CAP. Y no tardaría en ser algo más, digo, ya lo sería, si no contase tanto el tiempo que le falta para tomar su licencia.

JUAN. Muchas gracias, mi Capitán. Pero... ¡Qué diablos! Lleva ya uno tanto tiempo separado de los parientes y de los amigos, que... la verdad, ya tiene uno gana de volver á estar con ellos.

TER. Tiene razón. Y además, la guerra debe ser una cosa muy mala.

CAP. No es muy buena. (Aparte.) Me parece que á esta moza no la disgusta Juan. (¡Y vaya si es guapa!) Conque señor Alcalde, ¿tiene usted dispuestos los alojamientos? Los muchachos vienen cansados y á mí no me vendrá mal algún reposo.

ALC. En cinco minutos estará la gente alojada. Pero antes quisiera pedir á usted un favor.

Cap. Si depende de mí, concedido.

Alc. Pues quisiera que se quedase usted con nosotros, y si la disciplina no se opone á que usted y Juan tengan el mismo alojamiento...

Cap. La guera permite hacer cosas que en tiempo de paz no pueden hacerse. Aceptado, y desde este momento somos sus huéspedes.

Alc. (Aparte.) Me gusta este Capitán. ¿Quiere usted que entremos en la habitación?

Cap. ¿Por qué no? (El Capitán y el Alcalde entran en la casa.)

ESCENA VI

TESESA y JUAN

Ter. ¡Vaya con el bueno de Juan! ¡Quién había de suponer que después de tanto tiempo te presentarías así... repentinamente... sin avisarnos hasta la víspera de tu llegada!... ¿Y cómo lo has pasado por esas tierras?

Juan. Yo lo paso bien en todas partes; aunque, si he de decir la verdad, quisiera no volver á salir de aqui.

Ter. Ya he oído que deseas volver al pueblo.

Juan. Es mi pesadilla, señora Teresa. ¿Y cómo no? ¡Si en este pueblo está... lo que yo más quiero! Por eso al abandonarle, cuando me tocó la quinta... no me da vergüenza decirlo, lloré como un niño. ¡Pero como no había más remedio que marchar, hice de tripas corazón, y me marché... y me dije á mí mismo: paciencia, Juan, que si está de Dios, tú volverás. Esto me dió ánimo y me ha hecho esperar con resignación el día que debo tomar mi licencia. ¡Pero á medida que este día se acerca, siento una comezón que... cuento los meses, los dias, las horas y hasta los minutos que faltan!

Ter. ¡Quién lo había de pensar! ¡Tú, que parecías tan aturdido .. y que habrás corrido tanto!

JUAN. Yo no sé si era aturdido ó no. Lo que sé es... ¿Ha querido usted de veras alguna vez?

TER. (*Algo turbada.*) Sí... yo quiero de veras á mi hermano... á... los vecinos...

JUAN. No es eso. Usted habla de querer así... en general. Pero lo que yo pregunto es si ha querido usted... en particular

TER. No entiendo...

JUAN. ¿Ha estado usted enamorada?

TER. ¿Por qué me haces esa pregunta?

JUAN. Porque si lo ha estado usted... debe saber que quien bien ama, nunca olvida.

TER. (*Con visible agitación y para sí.*) ¡Ah! (*Vivamente y acercándose á Juan.*) Luego tu deseo de volver al pueblo es...

JUAN. ¡Por María!

TER. (*Con marcado disgusto.*) ¡Ya! (*Aparte.*) ¡Necia de mí que imaginaba!... (*Tratando de disimular.*) Pues... yo creía que con la ausencia, y la vida de soldado y con esas charreteras, cambiaría tu modo de pensar, y por consiguiente, que tratarías de casarte con otra mujer que valga más que María.

JUAN. ¿Más que María?

TER. Sí, porque ella es una huérfana que no tiene sobre qué caerse muerta.

JUAN. Eso no importa. Juan sabe trabajar y no tiene más que una palabra. Además, ¿no valen el corazón y los sentimientos de María más que todos los tesoros del mundo?

TER. (*Con intención.*) ¡Juan, tú hace mucho tiempo que faltas del pueblo, y... no es oro cuanto reluce!

JUAN. ¡María es un ángel!

TER. (*Con despecho.*) Al menos tiene el don de parecerlo.

ESCENA VII

DICHOS, MARÍA y el CAPITÁN

María sale de casa del Alcalde y se dirige á Teresa: un momento después sale también el Capitán, que se queda en la puerta mirando á María.

JUAN. ¡María!
MARIA. ¡Juan!
TER. (Sin darles tiempo para que se hablen, y con imperio.) ¿Qué buscas aquí?
MARIA. (Con humildad.) Vengo... Su señor hermano me ha dicho que la llame.
CAP. (Aparte.) Decididamente esta muchacha me gusta más que la primera.
TER. Voy al instante. Hasta luégo, Juan. Vamos, María. (Teresa se dirige á la casa. María se dispone á seguirla, pero el Capitán, que deja pasar á Teresa, corta el paso á María y dice:)
CAP. ¡Sargento!
JUAN. ¡Presente, mi Capitán!
CAP. Recoja usted las boletas y que se aloje la gente.
JUAN. Está bien, mi Capitán. (Entra en la casa.)

ESCENA VIII

MARÍA y el CAPITÁN

MÚSICA

CAP.
Serranilla donosa
como las flores,
presumo que te gustan
los uniformes;
dime si es cierto,

y en este caso, escucha,
que hablarte quiero.

MARIA. Me gustan si debajo
de ellos se esconde
un pecho generoso,
valiente y noble.

CAP. ¡Brava muchacha!

MARIA. Sin estos requisitos
no me hacen gracia.

CAP. (En lides amorosas,
según se expresa,
debe ser esta niña
de mucha cuenta;
pero no importa,
de los audaces siempre
fué la victoria.)

MARIA. (Lo que dice no entiendo,
ni se me alcanza
lo que de mí pretende.
¡Cosa más rara!
¡pero ya caigo!
Este de mis amores
se halla enterado.

CAP. Descubro en tu pecho
tesoros de amor.
Renombre de bravo
la fama me dió;
soy noble, y si tienes
de mí compasión,
podemos amarnos,
amarnos los dos.

MARIA. (¡Qué dice! ¡Qué escucho!)

CAP. No digas que no.

MARIA. Amaros no puedo...

CAP. ¡Mi vida es tu amor!

MARIA. Porque otro es el dueño
de mi corazón.

CAP. Tu dueño no puede
quererte cual yo.
Tu vida es mi vida,
no digas que no.

MARIA. Yo soy una pobre,
vos sois un señor;
yo tengo ya dueño,
mi vida es mi honor.

CAP. Atiende á mi ruego.

MARIA. ¡Bajad más la voz!

CAP. Tu vida es mi vida.

MARIA. Mi vida es mi honor;
dejadme.

CAP. Detente.

MARIA. No puedo, no, no.

(Vase precipitadamente y entra en la casa.)

ESCENA IX

El CAPITAN, sólo

HABLADO

¡Por vida de mi nombre! Se me ha escapado precisamente cuando íbamos entrando en materia. ¡Y no hay que darle vueltas! ¡Esta muchacha vale un Perú! La otra tampoco es despreciable; pero ésta es más bonita y más graciosa. Y no se muerde la lengua ni parece que la disgustan los chicoleos. Cierto que me ha dejado con la palabra en la boca; pero esto no hay que extrañarlo. A la mujer le gusta luchar para ser vencida. Por eso oye siempre con sorpresa que le digamos lo que ya había adivinado, y finge necesitar mucho tiempo para tomar una resolución que ya tiene tomada. ¡Ah! ¡mujeres, mujeres! Al fin daréis conmigo al traste, porque en mí tenéis otro Adán... con uniforme, dispuesto á dejarse fascinar con la ten-

tadora manzana. Pero vamos despacio, Luis. El que esa muchacha te haya flechado, no es una razón para que faltes á tus deberes: lo primero es la obligación. Así, pues, no te olvides de que tu gente te está esperando. (Desde el centro del escenario y mirando después hacia la puerta por donde entró María.) Tengo un pueblo que guarnecer por cuenta del Gobierno, y una plaza que sitiar por cuenta propia. (Vase por el foro.)

ESCENA X

TERESA y JUAN, que salen de la casa del Alcalde; Juan lleva en la mano varias boletas.

TER. Muy importante debe ser lo que tienes que decirme, cuando tanto empeño demuestras en hablarme.

JUAN. Perdone usted mi atrevimiento, señora Teresa; pero lo que tengo que decir á usted no requiere testigos.

TER. Pues bien; ya estamos solos.

JUAN. (Después de un momento.) El caso es que... que no sé por dónde empezar.

TER. Entonces lo dejaremos para otra ocasión que estemos más despacio.

JUAN. No, no señora. Los malos tragos deben pasarse pronto.

TER. ¡Jesús! Me das miedo, Juan. Habla. ¿Qué es lo que te pasa?

JUAN. Me pasa que... que yo amo á María.

TER. Bien. ¿Y qué?

JUAN. Que hace poco... cuando llegamos al pueblo, cuando de alegria el corazón casi no me cabía en el pecho al nombrar yo á María, me habló usted de un modo que... vamos, que necesita una explicación.

TER. Pues yo creo haber dicho las cosas con bastante claridad.

JUAN. (Con viveza.) Luego es decir que María...

TER. (Interrumpiéndole y con intención.) Mira, Juan, lo mejor

que puedes hacer es llevar las boletas á su destino, que es cosa del servicio, y no tratar de saber... lo que yo no puedo decirte.

JUAN. ¡Qué me importan las boletas, ni el servicio, ni el mundo entero, tratándose de María! ¡De María, que es mi vida! Que es...

TER. Pues hijo, yo nada puedo decirte. Y eso que...

JUAN. ¡Acabe usted, señora Teresa; acabe usted, si no quiere que me vuelva loco!

TER. Cálmate, Juan, cálmate. Cuando la sangre se amontona en la cabeza, no se vé claro, y tú necesitas ver muy claro. Créeme, Juan, vete á repartir las boletas, deja pasar el tiempo, observa y después... obrarás como te parezca.

JUAN. ¡Pero eso es imposible! Yo necesito saber qué sucede, saber si María me quiere... si María...

TER. Pues entonces... pregúntaselo á ella.

JUAN. Por Dios, señora Teresa, usted lo sabe todo, usted debe saberlo. Dígame usted lo que ocurre y no deje clavada en mi corazón una espina que le destroza. Usted es buena, usted quiere á María, me quiere á mí, nos quiere á todos, y no me negará este favor.

TER. (Como dominándose y después de un momento.) Espera y observa.

JUAN. (Con resolución.) Pues bien; observaré y esperaré. (Coge su fusil, que al comienzo de esta escena habrá dejado junto á la reja y vase por el foro.)

TER. ¡Vuelve más enamorado que nunca de María! ¡Me desprecia! ¡Ah! si no es mío, tampoco será de ella.

ESCENA XI

TERESA, sola.

MÚSICA

Perdida la esperanza
que tanto acaricié,
de amar y ser amada
como soñé,
tornáronse en odio
mi amor y mi fe.
¡Maldito amor sea
cien veces y cien;
su esencia es de lava,
de fuego y de hiel!
La culpa no fué mía,
tampoco sé de quién;
acaso de mi estrella,
que aciaga debe ser,
pues siempre desdeñoso
amor conmigo fué.
¡Maldito amor sea
cien veces y cien;
su esencia es de lava,
de fuego y de hiel!

ESCENA XII

TERESA y el ALCALDE

HABLADO

ALC. ¡Gracias á Dios que te encuentro! Te he buscado por toda la casa. (*Reparando en Teresa, que se hallará un tanto*

agitada.) ¿Pero qué es eso? ¿Qué tienes? ¿Te dura todavía el mal humor?

TER. (Procurando serenarse.) No, no tengo nada. ¡Pero si te parece que debo estar contenta después de lo que me has dicho!

ALC. Vamos, Teresa, no seas rencorosa. Demasiado sabes que no he querido ofenderte.

TER. ¿Para qué me buscabas?

ALC. Pues te buscaba para decirte que la hora de comer se va acercando, y como hoy tenemos convidado, habrá algún excesillo y no estaría demás que dieses una vuelta por allá dentro y echases una mano á María.

TER. (Con ironía.) María es una muchacha muy dispuesta y no necesita que nadie le ayude.

ALC. ¡Otra! ¿Volvemos á las andadas?

TER. No es volver á ninguna parte; es decir que María lo hace todo perfectamente.

ALC. ¡Ya se ve que sí! Pero al fin y al cabo, tú representas al ama de la casa, y como decía el otro, más ven cuatro ojos que dos.

TER. Gracias por el favor. (Entra en la casa.)

ALC. Cuando á las mujeres se las arruga el entrecejo...

ESCENA XIII

EL ALCALDE y JUAN, entrando por el foro y dejando su fusil junto á la reja.

ALC. ¡Hola, Juan! Pronto has dado la vuelta. No sin razón dicen que tiene alas el amor.

JUAN. También se dice que el amor es ciego.

ALC. Podrá ser; pero tú no has tenido mala vista, porque has escogido la muchacha más hermosa que hay en diez leguas á la redonda. Verdad es que tampoco tú eres mal mozo. Vamos, vais á hacer una pareja, que...

JUAN. (Con indiferencia.) Quién sabe lo que sucederá.

ALC. ¡Qué ha de suceder! Que, Dios mediante, pasará el tiempo, tomarás tu licencia y os casaréis.

JUAN. O no nos casaremos.

ALC. ¿Qué estás diciendo?

JUAN. Nada, señor Jorge. Pero como de aqui á entonces, María puede pensar de otro modo...

ALC. ¡Quién! ¡María! Vamos, Juan, tú no estás bueno.

JUAN. Además... como según dice el refrán, en la variación está el gusto, puede ser que...

ALC. ¡Por mi vida, que no te entiendo!

JUAN. ¡Qué quiere usted! Cuando uno está lejos, las cosas se miran de distinta manera.

ALC. ¡Ah! ¡Ya comprendo! ¡Desgraciado! Sin duda esas charreteras te han deslumbrado y tienes en poco á la pobre María, que es un tesoro de bondad y de virtud.

JUAN. Señor Jorge, ni me deslumbran las charreteras, ni siempre es oro lo que reluce. Y como pudiera suceder que durante mi ausencia María hubiese olvidado..., lo que no debía olvidar...

ALC. ¡Miserable! ¡Te atreves á hablarme así de María, á mí que la he criado! ¡A mí que la quiero como á una hija! ¡Juan, eres un ingrato, que tratas de justificar tu inconstancia con la calumnia! ¡Dudar de ella! ¡Oh! ¡no, imposible! (Fuera de sí y dirigiéndose á la puerta de la casa.) ¡María! ¡María!

ESCENA XIV

DICHOS y MARIA, saliendo.

MÚSICA

ALC. (¡Qué desdicha!)

MARIA. ¿Quién me llama?

ALC. Ven, María. Ven acá.

de tu honor, de tus virtudes,
hay quien se atreve á dudar,
y es preciso que tú misma
vuelvas por tu dignidad.
¡Yo lo quiero! ¡Yo lo exijo!

MARIA. (Con asombro.)
¡Dios mío! ¿Quién es capáz
de inferirme tal ofensa?
¿Quién, decid?

ALC. Presente está,
ese ingrato á quien tú amas
con cariño sin igual.

MARIA. ¡Juan!

ALC. Sí, Juan es el que duda
de tu honor y tu lealtad.

MARIA. ¡Vírgen pura inmaculada!
Si aquel en quien yo cifré
mi esperanza y mi ventura
dudar pudo de mi fe,
¿por qué, díme, has consentido
que yo le volviese á ver?

JUAN. (Demostrando arrepentimiento.)
¡Ah! ¡Perdón, perdón, María!
Si yo de tu amor dudé,
si ofuscado el pensamiento
loco, te pude ofender,
culpa fué del amor mío,
y amor es ciego y no vé.

ALC. Nadie duda impunemente
del honor de una mujer,
y el que es hijo y tiene madre
y fué siempre hombre de bien,
ultrajar no debe nunca
el honor de una mujer.

JUAN. ¡Yo te quiero, yo te adoro!

MARIA. Yo tu ofensa olvidaré;
pero mi amor es ya ido

para nunca más volver.
JUAN. Tú eres buena, compasiva,
bondadosa...
MARIA. ¡Soy mujer!
JUAN. Y yo espero resignado
tu perdón.
ALC. No seas cruel.
Juan se muestra arrepentido,
Juan te quiere, yo lo sé,
y al que falta y se arrepiente
Dios perdona.
MARIA. (Sin poder dominarse.) Y yo también.
JUAN. Dulce encanto de mi vida,
de mi ventura rica ilusión,
tú le devuelves al pecho mío,
que padecía penas de amor,
la esperanza, la dicha, la calma,
la paz y la vida que de él se alejó.
MARIA. Siempre fué de tu cariño
amante esclavo mi corazón,
y en el pecho que siente, que ama,
que late y vive para el amor,
anidarse no puede la duda,
ni el despecho, ni el fiero rencor.
ALC. No es mujer, es una santa,
tiene de oro el corazón,
su ternura, su amante sonrisa,
su puro acento, su dulce voz,
á quien sufre la calma devuelven,
le brindan la dicha, le inspiran amor.
MARIA. JUAN. ALC. } Amor de la vida
es rayo de sol.
¡Bendito sea!
¡Bendito amor!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Sala baja y corta en casa del Alcalde, con puerta en el foro que se cerrará á su tiempo; á la derecha del actor, y casi frente al público, una reja con postigos; en el mismo lado, y junto al proscenio, una puerta que conduce al alojamiento del Capitán; á la izquierda, y en segundo término, el cuarto de María, y en primero, otra puerta que comunica con las habitaciones interiores. Mesas y sillas convenientemente colocadas.

ESCENA PRIMERA

Aparecen en escena varios SOLDADOS de infantería mezclados con las MOZAS y MOZOS del pueblo; unos están de pié, otros sentados. MARIA, sirviendo de beber á todos. En el centro JUAN, y en primer término el ALCALDE, de pié y con un jarro de vino en la mano.

MUSICA

TODOS. ¡Viva la Reina!
¡Viva Aragón!
¡Viva el Alcalde!
¡Viva el amor!

ALC. Saca otro jarro, María;
ya sabes, de lo mejor.
Hoy se celebra mi santo;
hoy cumplo cincuenta y dos.
MOZOS. ¡Viva el Alcalde!
ALC. ¡Viva Aragón!
MOZAS. ¡Viva María!
MOZOS. ¡Viva el amor!
SOLD. ¡Viva la guerra!
ALC. ¡La guerra, no!
La guerra es fruto
de maldición.
Yo la conozco,
me inspira horror.
Yo luché contra
Napoleón,
y aunque vencimos,
¡ay! sabe Dios
la sangre y lágrimas
que nos costó.
La guerra es mala,
y aún es peor
si es entre hermanos.
TODOS. ¡Tiene razón!
ALC. La paz es la alegría,
la paz es el amor.
¡Brindemos y bebamos
porque haya paz y unión!
TODOS. La paz es la alegría,
la paz es el amor,
brindemos y bebamos
porque haya paz y unión.

—

ALC. Ahora, venga una jota.
SOLD. ¡Bravo! ¡viva el patrón!
MOZOS. ¡Qué cante María!
MOZAS. ¡Que canten los dos!

JUAN. Templad las guitarras,
pues quiero á su son,
cantar por mi patria,
cantar por mi amor.

TODOS. Hagámosle coro,
que es dulce, por Dios,
cantar por la patria
y por el amor.

PRIMERA COPLA

MARIA y JUAN. Hay en el mundo una España,
en España un Aragón
y en Aragón unas mozas
tan hermosas como el sol.

ESTRIBILLO

¡Ay, Jesús, qué mozas
tan bravas y tercas,
que dan el quién vive
si alguno se acerca,
como acompañado
no vaya el galán
del cura que luégo
les lleve al altar!
¡Ay, qué retrecheras!
¡Ay, qué zalameras!
¡Ay, Jesús, qué mozas
hay en Aragón!
¡Ay, cómo marean!
¡Ay, cómo estropean
al incáuto mozo
que les brinda amor!

SEGUNDA COPLA

MARIA y JUAN. El hombre que ve estas mozas
y alma y vida no les da,

sirve sólo para tiple
de la iglesia catedral.

(Repiten todos el mismo estribillo: terminado éste se despiden del Alcalde, dando muestras de regocijo y vanse por el foro)

ESCENA II

MARÍA, el ALCALDE y JUAN

HABLADO

ALC. María, dí que saquen un boto de lo tinto para que los muchachos se lo lleven y echen la espuela.

JUAN. ¡Conque hoy cumple usted cincuenta y dos años!

ALC. Sí, Juan; ¡cincuenta y dos!

JUAN. Pues con salud cumpla otros tantos.

ALC. Muchas gracias, Juan. Y que tú me los veas cumplir.

JUAN. ¡Válgame Dios, y cómo pasa el tiempo, señor Jorge! ¡Vamos, si parece mentira! Se me figura que era ayer cuando me mandaba usted á la viña en busca del caballo. ¡Y qué carreras le daba en el camino!

ALC. Pues ya ha llovido desde entonces.

JUAN. ¡Toma! Como que yo era un muchacho que iba á la escuela. Por más señas que nunca volvía á mi casa sin pasar por delante de esa puerta. Allí se sentaba el ama por las tardes, y cuando me veía, «entra, Juan, entra,» me decía siempre, y me daba un pedazo de pan con miel, que no habia más que pedir. ¡Pues, y tal dia como hoy! Aquello sí que era, como suele decirse, echar la casa por la ventana. Lo primero, una limosna á los pobres del pueblo, porque eso sí, el ama era muy caritativa; y luégo bailoteo y jarana. Apuesto á que no había un mozo ni una moza en todo el lugar que no estuviese deseando que llegasen los días del señor Jorge.

ALC. ¡Qué quieres, Juan! Aquellos tiempos pasaron para no

volver. Tú te has hecho un hombre y yo me he hecho un viejo; pero como cuando se tiene salud y una conciencia tranquila, cada edad tiene sus goces, no me pesan los años, y gracias á Dios, ni los achaques ni la conciencia me quitan el sueño. Verdad es que tiene uno que cuidarse mucho más que cuando era joven, aunque en todas las edades es bueno tener presente aquello de «como te cuídas duras.» Por eso voy ahora á tomar mis precauciones para dar la acostumbrada vuelta por el pueblo. Conque adiós, Juan, hasta luégo.

JUAN. ¿Va usted á salir?

ALC. Sí.

JUAN. Pues vaya usted con Dios, señor Jorge, y... mucho ojo, porque, según dicen, hay moros en la costa.

ALC. ¡Moros en la costa!

JUAN. Sí señor, ¡ladrones!

ALC. ¡No tengas cuidado!

JUAN. Lo mismo decía mi Capitán, hoy hace un año precisamente, y si no es por mí, que soy algo prevenido, le cuesta el pellejo.

ALC. Tuvistéis alguna acción...

JUAN. Salimos á una descubierta, y como el Capitán es tan valiente y tan tronera, se metió en una emboscada y... vamos, que le salvé la vida, pero con grave riesgo de la mía.

ALC. Bien, Juan, bien. Eso se llama ser un hombre. Ya no me extraña que el Capitán te quiera tanto.

JUAN. Por eso, no señor. El Capitán cayó herido, perdió el conocimiento, y cuando los enemigos le iban á rematar, yo, que estaba cerca, cerré con ellos y le salvé. Pero él no sabe nada de esto, porque yo no le he dicho nunca una palabra. Estas cosas se hacen y no se dicen.

ALC. (Tendiéndole la mano.) Aprieta, Juan, aprieta. ¡La Virgen del Pilar premiará tu noble acción! ¡Adiós!

JUAN. Vaya usted con Dios, señor Jorge. (Vase éste por la pri-

mera puerta de la izquierda. María, que durante esta escena ha estado recogiendo los vasos y arreglando los trastos, saca un velón encendido, que deja sobre la mesa.)

ESCENA III

MARIA y JUAN; después TERESA

MUSICA

JUAN. Díme por qué, María,
al verme aquí,
indiferente y fría
huyes de mí.
Díme, por Dios,
si te enoja mi ardiente
sencillo amor.

MARIA. Siempre de fiel y amante
pruebas te dí;
tu recelo constante
no merecí.
Mira, por Dios,
que maltratas mi ardiente
sencillo amor.

JUAN. Tú no me amas
cual te amo yo,
con esta intensa
loca pasión.

MARIA. Puede que sí;
puede que no.

JUAN. Tú eres el sueño
embriagador,
que el alma mía
acarició.

MARIA. Puede que sí;
puede que no.

—

JUAN. De la lid á los mortíferos fulgores,
invencible el pecho mio palpitó,
y en la lumbre de tus ojos seductores,
hoy se rinde mi apenado corazón.
Que sufre el pecho mío
y estalla de dolor,
si pagas con desvío
mi cándida pasión.

MARIA. De tu ausencia ante el recuerdo doloroso,
la esperanza de tu vuelta me alentó;
y hoy al verte de mi afecto receloso,
desfallece mi apenado corazón.
Que sufre el pecho mío
y estalla de dolor,
si así dudas, impío,
de mi leal pasión.

—

¿Qué hice yo para que dudes
de mi pura ardiente fe?

JUAN. Estas hondas inquietudes
quién las causa yo no sé.

MARIA. Disiparlas yo deseo.

JUAN. No es posible.

MARIA. Sí lo es.

JUAN. Sólo en ti desdenes veo.

MARIA. Sólo amor; ¿pues no lo ves?

—

Si amor tu pecho siente,
si tu alma siente el ímpetu
de una pasión vehemente,
tu amor, Juan mío, págueme
el alma que te di.

JUAN. Si amor tu pecho siente,
si tu alma siente el ímpetu
de una pasión vehemente,
acoge, al fin, benéfica,
el alma que te dí.

———

HABLADO

MARIA. Ahora sólo falta que tengas buena memoria, Juan.

JUAN. ¿Por qué?

MARIA. Porque si procuras no distraerte, como acostumbras, no olvidarás nada en lo sucesivo.

JUAN. Es que hay cosas que no pueden ni deben olvidarse nunca.

MARIA. Eso creo yo también; pero tú, por lo visto, no haces siempre lo que acabas de decir.

JUAN. ¡Yo, María!

MARIA. Sí, tú, Juan. Recuerda lo que sucedió el mes pasado. El día que llegaste al pueblo.

JUAN. Aquello fué un momento de locura por el que te he pedido perdón y que quisiera no recordaras nunca.

MARIA. Y que yo he perdonado con toda mi alma. Pero la verdad es que no hubiera sucedido si tuvieras buena memoria.

JUAN. No te entiendo.

MARIA. Vamos á ver. ¿Te acuerdas de lo que te dije hace algunos años, aquí en este mismo sitio?

JUAN. ¿Cuándo?

MARIA. Cuando muy triste, y con el morral á la espalda, te despediste de mí.

JUAN. ¡Pues no me he de acordar! Sin que falte ni una letra siquiera. ¡Ahora verás! «Juan, me dijiste, no te aflijas; puesto que el Rey te llama, vete á servir al Rey. María te querrá siempre, te esperará y te cumplirá la palabra.» Al mismo tiempo me diste un escapulario de la Vírgen del Pilar, que no he separado un momento de mi pecho.

MARIA. Luego yo tengo razón.

JUAN. ¿En qué?

MARIA. En decir que eres olvidadizo.

JUAN. ¿Pues no acabo de repetir tus mismas palabras?

MARIA. Sí, Juan. Pero las olvidaste, aunque por un momento.

Y buena prueba de ello, es que porque tu Capitán me dijo cuatro tonterías...

JUAN. (*Con sorpresa.*) ¡Mi Capitán!

MARIA. Sí, tu Capitán, que siempre anda echándome requiebros, y como tú eres tan celoso y tienes tan poca fe en mis palabras...

JUAN. (*Preocupado y vacilante.*) No... sí... Yo sé que el Capitán es .. así... (*Con interés.*) Pero vamos, ¿y qué te dice el Capitán?

MARIA. Eso es para más despacio: yo tengo ahora mucho que hacer y ya me he entretenido bastante. ¡Contenta se pondrá la señora Teresa si me echa de menos! (*Teresa aparece en el dintel de la segunde puerta de la izquierda, y al ver á Juan y María, se detiene y escucha.*)

JUAN. Pero yo quiero saber lo que te ha dicho el Capitán.

MARIA. Ya te lo contaré luégo; ahora no puede ser. La señora Teresa me reñirá si tardo, y ella encuentra siempre bastantes pretextos para hacerlo sin necesidad de que yo se los proporcione. A las nueve, después del toque de ánimas, saldré á la reja.

TER. ¡Ah! ¡Qué idea! (*Vase.*)

JUAN. Que no faltes.

MARIA. No faltaré. Adiós. (*Vase por la primera puerta de la izquierda.*)

ESCENA IV

JUAN, *solo.*

Que mi Capitán se enamoraba de todas las mujeres con mucha facilidad, ya lo sabía yo. Que siempre encuentra la mejor de todas la última, también lo sabia. Pero que olvidara los deberes que la hospitalidad impone hasta el punto de... ¡Dios mío! ¿Si estará el Capitán enamorado de María? Vamos á cuentas. (*Reflexionando algunos instantes.*) Sí, eso es; de seguro. Así se explica la causa de tantos retenes, patrullas y avan-

zadas, cuando no hay un solo enemigo en estos contornos. Mientras que Juan está de servicio no está aquí, y no estando aquí, se puede libremente... Pero María no ha de corresponderle, no le corresponde, está claro; porque si le correspondiese, ella no me hubiera dicho... Además, yo no debo ni quiero volver á dudar de María. No obstante, ahora recuerdo aquellas palabras de la señora Teresa, «observa y espera.» Pero estas palabras no pueden referirse al Capitán, porque la señora Teresa me las dijo cuando llegamos. ¿Quién sabe! Cuando ella me las dijo, algo habrá visto en María... ¡Ah! creo que voy á volverme loco.

ESCENA V

JUAN y el CAPITÁN

CAP. (Que entra por el foro con aire pensativo.) ¿Qué hay, sargento? ¿Ocurre alguna novedad?

JUAN. Ninguna, mi Capitán.

CAP. Como le encuentro á usted en este sitio, creí que asuntos del servicio le hubiesen traído en mi busca.

JUAN. No señor, todo está tranquilo y todo el mundo en su puesto.

CAP. Menos usted, que se halla fuera del suyo.

JUAN. Perdone usted, mi Capitán. Sin duda ha debido olvidar que esta mañana, al recibir la orden de establecer un retén en la casa inmediata, y al encargarme del mando de esa fuerza, le pedí permiso para venir á felicitar al señor Alcalde.

CAP. Yo lo tengo todo muy presente: por eso estoy poco dispuesto á tolerar las faltas de los demás.

JUAN. Me pareció comprender que el permiso no me había sido negado.

CAP. Y comprendió usted bien; pero mi permiso no era para que después de la oración estuviese usted fuera del cuerpo de guardia.

JUAN. Siento haber faltado sin querer hacerlo.

CAP. Lo que yo siento es que se abuse de mi bondad, porque pudiera cansarme.

JUAN. Lo tendré presente, mi Capitán.

CAP. Vaya usted con Dios. (Juan saluda militarmente y sale por la puerta del foro.)

ESCENA VI

El CAPITÁN; después el ALCALDE

CAP. ¿Qué culpa tiene este muchacho, ni de que yo esté perdidamente enamorado, ni de que María se muestre esquiva conmigo?

ALC. (Saliendo por la primera puerta de la izquierda y figurando hablar con una persona que queda en la habitación.) Sí, el sombrero y la capa también, porque la noche está fresca. (Viendo y saludando al Capitán.) ¡Oh! señor Capitán.

CAP. Dios guarde á usted, señor Alcalde.

ALC. ¿Qué tal? ¿Se ha paseado mucho?

CAP. Bastante. He llegado hasta al monte.

ALC. Me alegro: eso le hará á usted mucho provecho.

CAP. ¿Y usted, no ha salido á dar una vuelta?

ALC. Todavía no, porque como los muchachos han venido á darme los días y hemos echado un trago, las cosas andan hoy un poco retrasadas. Pero ahora voy á salir para no perder la costumbre.

CAP. En verdad que tiene usted que perdonarme. Yo soy algo distraído y he incurrido, sin querer, en la torpeza de no felicitar á usted, como debía.

ALC. Por eso no tenga usted cuidado. Lo que yo quisiera era ver á usted contento y satisfecho como lo estamos nosotros; porque, la verdad, se me figura que, ó no está usted bueno, ó tiene alguna cosa que le escarabajea y le roba las satisfaciones.

CAP. No señor. Gracias á Dios, tengo salud, que es lo principal.

ALC. ¿Acaso no está usted á gusto en el alojamiento?

CAP. Nada de eso. Me tratan ustedes á cuerpo de rey y nunca sabré agradecer bastante las atenciones con que me colman.

ALC. ¡Otra! Yo no lo digo por eso; hacemos lo que debemos y lo que podemos, y cuando algo falte, no ha de ser la voluntad.

CAP. Muchas gracias, amigo mio. Le aseguro á usted que, sobre este particular, puede estar tranquilo.

ALC. ¿Acaso hay malas noticias de la guerra?

CAP. No. Nada sé.

ALC. Entonces será otra cosa. A la postre usted tiene pocos años y la vida en este pueblo no ofrece los mayores goces, que digamos, para un joven como usted. Por otra parte, y esto es muy natural, usted tendrá ambición, deseo de gloria, y le causará desesperación el verse reducido á guarnecer un pueblo de cuatro casas, en vez de tomar una parte activa en la guerra. Pero créame usted, señor Capitán, nadie sabe mejor que Dios el por qué de las cosas y lo que á cada cual le conviene. Conque así, á conformarse y á tomar los tiempos como vengan.

ESCENA VII

MARÍA, el ALCALDE y el CAPITÁN

MARIA. (Saliendo por la primera puerta de la izquierda con la capa del Alcalde en el brazo y el sombrero en la mano.) Aquí está la capa y el sombrero. (Viendo al Capitán y turbándose.) ¡Ah!

ALC. ¡Buena muchacha! Vamos, ayúdame á ponerme la capa. (María, que continúa turbada, pone al Alcalde la capa del revés.) ¿Pero qué estás haciendo? ¡Me has puesto la capa del revés!

MARIA. Perdone usted, señor, soy tan torpe que... (Poniéndole la capa del derecho.)

ALC. Vaya, hasta luégo. (Vase el Alcalde por el foro.)

ESCENA VIII

MARÍA y el CAPITÁN

CAP. (A María, que se dirige hacía la segunda puerta de la izquierda como para retirarse.) ¿Te marchas ya?

MARIA. ¿Necesitaba usted alguna cosa?

CAP. Sí, María. Necesitaba decirte que... que eres muy buena... y muy bonita.

MARIA. Vamos, usted siempre está de broma.

CAP. Eso te parece á tí; pero lo que te digo es la verdad. Yo soy incapáz de mentir.

MARIA. Así lo creo, y Dios me libre de pensar lo contrario; ¿pero quién puede, ni aun imaginar siquiera, que habla usted seriamente?

CAP. Si hubieras accedido á mis ruegos, si me hubieras concedido algunos instantes para poder hablarte á solas, no dudarías de la sinceridad de mis palabras.

MARIA. Vamos, está visto, señor Capitán; que siempre, y sobre todo esta noche, está usted de muy buen humor y quiere burlarse de mí.

CAP. Eso es precisamente lo que yo pudiera y debiera decirte á tí, que con tu indiferencia me haces más daño que si me dijeses terminantemente que me aborrecías.

MARIA. Es que si yo dijese eso, faltaría á la verdad.

CAP. ¿Conque no me aborreces?

MARIA. No señor.

CAP. ¡Entonces puedo esperar que algún día llegarás á quererme!

MARIA. ¡Pero si ese día ha llegado ya!

CAP. ¡Es decir, que me quieres!... ¡que me amas!...

MARIA. Yo no he dicho semejante cosa. Yo he dicho que estimo á usted mucho, y que no soy, ni puedo ser ingrata, con el hombre que ha dispensado á Juan tantos favores.

CAP. (Vuelta con Juan.) ¿Por qué me hablas ahora de Juan?

MARIA. ¡Pues qué tiene eso de particular! Juan es mi prometido...

CAP. ¿Tu prometido?

MARIA. Sí señor. ¡Mi novio!

CAP. ¡Imposible!

MARIA. ¿Imposible? ¿Por qué?

CAP. Porque... Porque no debes acordarte de él. Porque tú has nacido para algo más que para ser la mujer de un obscuro soldado...

MARIA. ¡Ay, señor! ¡y quién quiere usted que piense en una pobre huérfana!...

CAP. ¡Quién! Yo. Yo que te quiero de veras, que sé apreciar tu belleza, que conozco tus virtudes...

MARIA. Perdone usted. Yo le agradezco mucho el favor que me hace, pero... (Retirándose.)

CAP. ¿Te vas?

MARIA. Sí señor, me voy ..

CAP. No te vayas, espera.

MARIA. No puede ser. Nos veremos...

CAP. ¿Cuándo?...

MARIA. Cuando... después de haber reflexionado, se persuada usted, no precisamente de que está abusando de mi amistad, sino de que esta amistad es lo único que puedo ofrecerle. (Vase por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA IX

El CAPITÁN

¡Ah! ¡Creía que el amor era un juego y es una pasión irresistible, intensa, abrasadora! Una pasión que nace de débil quimera; pero que muy luego nos avasalla y nos desgarra una por una las fibras del corazón.

ESCENA X

TERESA y el CAPITÁN

TER. (Saliendo por la primera puerta de la izquierda, y trayendo

una luz que apagará al colocarla encima de la mesa al lado del velón.) ¡Santas y buenas noches nos dé Dios!

CAP. (Con aspereza.) Muy buenas.

TER. ¡Jesús! ¡Y de qué mal humor está usted *por parte* de noche!

CAP. ¡Perdone usted, señora Teresa; pero soy tan desgraciado!

TER. ¿Usted desgraciado?

CAP. ¡Como nadie en el mundo!

TER. ¡Bah! Todos nos figuramos que nuestras penas son mayores que las de los otros, y es porque no queremos tomarnos el trabajo de compararlas. ¡Quién sabe si entonces las encontraríamos pequeñas!

CAP. Las mías son tales, que como Dios no haga un milagro no tienen remedio.

TER. ¿Tan grandes son?

CAP. Como no llegará usted nunca á comprender.

TER. ¡Dios sabe! Puede que las comprendiera, y acaso que también pudiera remediarlas.

CAP. (Con viveza.) Luego...

TER. Siga usted.

CAP. No, nada. Es inútil.

TER. ¡Vaya usted á entender á los hombres! Hace un instante se quejaba usted de que sus penas fuesen incurables, y cuando se le ofrece remediarlas no lo acepta.

CAP. Es que mis penas son de esas que deben devorarse en silencio.

TER. (Con intención.) Todos los enamorados son lo mismo: hacen las cosas de manera que todo el mundo las conozca, y luégo se las echan de reservados.

CAP. (Como sorprendido.) ¿Pues qué, ha conocido usted que yo estoy?...

TER. Enamorado de María. Sí señor, lo mismo que todos.

CAP. ¡Qué dice usted!

TER. Nada. Que á no estar ciego nadie hubiera podido dejar de ver claramente que amaba usted á esa muchacha.

CAP. Pues bien, amo á María, sí, la amo; pero María no corresponde á mi cariño,

TER. ¡Quién sabe! Si usted se dejase guiar... puede ser que...

CAP. No me haga usted alimentar esperanzas que no hayan de realizarse.

TER. Entonces... dejemos las cosas como están.

CAP. Pero es que así es imposible...

TER. Pues déjese usted curar.

CAP. (Después de reflexionar un momento.) Bien, señora Teresa. Haré todo lo que usted me mande. Vamos, ¿á qué espera usted?...

TER. ¿Para qué?

CAP. Para decirme lo que debo hacer, qué conducta debo seguir, qué he de decir á Maria y...

TER. Despacito, despacito, señor Capitán, que no se ganó Zamora en una hora. Estas cosas no pueden hacerse sin dos condiciones, que no sé si estará usted dispuesto á aceptar.

CAP. ¡Oh, sí! Desde luego acepto las condiciones que quiera usted imponerme.

TER. Antes es necesario que usted las sepa,

CAP. Bien, veamos las condiciones.

MÚSICA

TER. Las condiciones son muy sencillas,
pues se reducen á no chistar;
á obedecerme sin preguntarme,
sin preguntarme ni vacilar.

CAP. ¡Oh! Seré mudo, yo lo prometo;
vuestros mandatos acataré;
dígame luego cuanto le plazca,
sepa yo al punto qué debo hacer.

TER. Cuidadito, cuidadito.

CAP. Cálmese pronto mi afan.

TER. Refrenad vuestra impaciencia.
CAP. Nada he dicho. Perdonad.

—

TER. Para que nuestro empeño
se pueda realizar,
que nada se sospeche
conviene procurar.
Entrad en vuestro cuarto
al punto, sin chistar,
y después del toque de ánimas,
que muy luego sonará,
se os espera en este sitio.
¿Lo entendéis? No hay que faltar.
Mucho sigilo,
en mi fiad,
ó nuestro empeño
fracasará.
CAP. El bien apetecido,
objeto de mi afán,
que tanto he codiciado
y no pude alcanzar,
os debo y no sé cómo
ni cuándo he de pagar.
Esta noche en este sitio,
á las nueve y sin chistar,
por mi vida. yo os lo juro,
estaré. No hay que dudar.
Mucho sigilo,
en mí fiad,
por culpa mía
no quedará.

—

TER. De mi venganza
la hora suprema,
si no me engaño,
se acerca ya.
Juan á María

creerá culpable;
Juan á María
despreciará.

CAP. De mi ventura
la ansiada hora,
por lo que veo,
cercana está.
No sé qué siento,
ni qué me pasa;
de gozo el pecho
quiere estallar.

ESCENA XI

TERESA y el ALCALDE

HABLADO

ALC. (Entrando por el foro.) Buena sementera se presenta. ¡Está lloviendo, que es una bendición de Dios! (Desde el principio de esta escena deben percibirse, aunque muy ligeramente, los efectos de una próxima tempestad que estallará al final de la escena siguiente.)

TER. ¿Vienes mojado?

ALC. Vengo hecho una sopa, Teresa. Y eso que no he dado, como quería, la vuelta al pueblo, porque al llegar á la iglesia, dijo el cielo «agua va,» y comenzaron á caer unas gotas tan grandes como *cuadernas*. ¡Ah! ¿Están cerrados los postigos de la cámara? Porque como el viento es solano y las ventanas miran hacia aquel lado, podría suceder que se anegase el granero.

TER. Todo está cerrado, Jorge. Ya sabes que tengo la costumbre de hacer yo misma esa operación en cuanto anochece.

ALC. Ya lo sé, mujer; pero como un descuido lo tiene cualquiera... ¿Por dónde anda el Capitán?

TER. En su habitación; hace ya un rato que se ha recogido.

ALC. ¿Sabes que me va poniendo en cuidado esa tristeza que tiene?

TER. Y á tí, ¿por qué?.,.

ALC. ¡Otra! porque la tristeza en un hombre joven, que tiene buena salud, no es natural.

TER. Yo sé lo que tiene.

ALC. ¿Tú?

TER. Sí, yo. (Con misterio y bajando la voz.) El Capitán está enfermo.

ALC. ¡Que está enfermo! ¿Y qué enfermedad tiene?

TER. Temo que te enfades si te lo digo.

ALC. ¿Por qué he de enfadarme, mujer? Si está malo, harto trabajo tiene. Llamaremos al médico y le cuidaremos.

TER. La enfermedad del Capitán es de las que no necesitan médico ni botica.

ALC. Vaya, Teresa. Acaba con tus misterios. Ya sabes que á mí me gustan las cosas claras.

TER. Pues bien: el Capitán está enfermo del corazón.

ALC. Cada vez lo entiendo menos.

TER. Quiero decir que está enamorado. ¿Lo entiendes ahora?

ALC. ¡Bah! ¡Bah! Entonces estoy tranquilo. Los amores no matan á nadie. ¡Quiá! ¡Como que desde que murieron los amantes de Teruel no se ha vuelto á dar otro caso! Tendrá la novia en Madrid y no sabrá de ella. Pero ya verás, en cuanto llegue el correo, cómo recibe tres ó cuatro cartas á la vez y se pone más alegre que unas castañuelas.

TER. Te equivocas, Jorge. La que tiene al Capitán en ese estado, es del pueblo y está aquí.

ALC. ¿Aquí?

TER. Sí, aquí.

ALC. ¡Vamos, ya cáigo! Como tú no tienes mal ver, le has gustado al Capitán, y te ha dicho cuatro tonterías, que has convertido en sustancia.

TER. Mira, Jorge; el asunto no es para tomarlo á broma.

ALC. ¿Te ha dicho acaso que se va á casar contigo?

TER. (Picada.) No se trata de mi. Se trata de ella.

ALC. ¡De ella! ¿Y quién es ella? Sepamos.

TER. ¿Quién quieres que sea? María.

ALC. ¡María! ¡El Capitán está enamorado de María! Vamos, tú estás viendo visiones, Teresa.

TER No, Jorge, no. Él mismo me lo ha confesado todo.

ALC. ¿Pero María lo sabe?

TER. (Con malicia.) Yo no se lo he preguntado, ni ella me lo ha dicho. Además, lo que acabo de decirte, hace muy poco tiempo que yo misma lo sé.

ALC. (¡Por la Virgen del Pilar, que esto es más serio de lo que yo pensaba! Pero no importa: tomaré mis medidas y mañana mismo hablaré claramente con el Capitán)

TER. Te advierto que no vayas á descubrirme, ni á decirle que yo te lo he revelado.

ALC. Nada temas. Yo sé hacer las cosas como debo. Cierra la puerta y vamos á recogernos (Teresa cierra la puerta del foro y la reja, coge el velón de encima de la mesa y se retira con el Alcalde por la primera puerta de la izquierda. La escena queda á obscuras. Un momento después se oye á lo lejos el toque de ánimas.)

ESCENA XII

MARÍA y JUAN, fuera de la reja; después el CAPITÁN

MÚSICA

MARIA. (Saliendo pausadamente por la segunda puerta de la izquierda.)

Ya de la cita
la hora llegó,
pues de las ánimas
el toque dió.
Inquieto late

mi corazón
y oprime el pecho
vago temor.
De esperanza dulce emblema!
¡Santa Virgen del Pilar!
¡Tú que al verme abandonada
amparaste mi orfandad;
tú que ves mi desconsuelo
y mi tierno y casto afán,
no desóigas mi plegaria;
de mi pena ten piedad!
¡Madre Purísima
de inmenso amor,
préstale al mío
tu protección!

HABLADO

(Dirigiéndose hacia la reja y abriendo los postigos.) ¿Estás ahí?

JUAN. Sí, María.

MARIA. Me parece, Juan, que sería prudente dejar la conversación para mañana.

JUAN. ¿Por qué?

MARIA. Porque como está lloviendo á cántaros, vas á calarte hasta los huesos.

JUAN. No te inquietes por ello. Mi cuerpo ha hecho ya conocimiento con el agua y con el granizo. No es esta la primera vez que se moja, y por cierto que no ha sido siempre con el gusto que ahora.

MARIA. Gracias, Juan. Pero además, como estás de guardia, puede ocurrir cualquier cosa, y si te echan de menos, caer en falta.

JUAN. Si el cuerpo de guardia estuviese en otra parte, no diría que no; pero si está aquí, en la puerta más abajo, ¡como que si habláramos alto nos oirían los soldados!

MARIA. Con todo, veo que hace una noche muy mala y...

JUAN. Y yo veo, María, que tienes muy pocas ganas de darme las explicaciones que me has prometido.

MARIA. Mira, Juan, tus contínuas dudas van á dar lugar á que me enfade de veras contigo, y si no te quisiera tanto, merecías que te castigase retirándome y no volviendo á hablarte nunca.

JUAN. Bueno, todo lo que quieras. Pero déjate de tonterías y díme lo que te ha pasado con el Capitán.

MARIA. Pero hombre, si no ha pasado nada: el Capitán, ya te lo he dicho, siempre que me encuentra, me dice que soy bonita, que me quiere mucho, y algunas veces... vamos, tiene unas rarezas que parece loco. Figúrate que esta misma noche, hace un rato, me decía con unos ojos tan desencajados que daba miedo: «Tú no has nacido para ser la mujer de un simple soldado...» (Interrumpiéndose y escuchando.) ¿Has oído, Juan?

JUAN. (Con ansiedad y sin comprender lo que María le pregunta.) Sí, sí. Continúa; te oigo bien.

MARIA. (Que ha quedado prestando atención y oído el ruído de una silla con que el Capitán ha tropezado, pues al llegar al punto del diálogo que lo indica, el Capitán habrá salido de su habitación cautelosa y lentamente.) ¡Aquí hay alguien! (Retirándose de la reja y entornándola, pero de manera que vuelva á quedar abierta.) Espera, Juan. (Se dirige hacia el lado por que viene el Capitán y sigue avanzando hasta tropezar con él.)

CAP. (Creyendo que habla con Teresa.) ¡Ha llegado usted antes que yo!

MARIA. (Sobresaltada.) ¡Quién es! ¡Quién va!

CAP. (Que ha reconocido en la voz á María.) ¡Ah, eres tú, María!

MARIA. ¡Dios mio! ¿Qué hace usted en este sitio? ¡Qué busca usted aquí!

CAP. (Asiendo á María por la muñeca y avanzando hacia el proscenio, pero de manera que ambos queden frente á la reja.) ¡Y eres tú quien me lo pregunta! ¿A quién he de buscar sino á tí? ¿Qué he de buscar más que tu amor?

MARIA. Piense usted en que lo que hace es indigno de un

hombre honrado, en que compromete á una pobre mujer que ningún motivo le ha dado para ello. ¡En nombre de lo que más quiera usted en el mundo, márchese de aquí!

CAP. ¡Marcharme cuando te tengo á mi lado, cuando sé que me esperabas! ¡Oh, nunca!

MARIA. ¡Pero Dios mío! ¿Qué está usted diciendo?

CAP. Basta ya de vacilaciones, María. Yo he venido aquí con tu consentimiento; así, pues, terminemos de una vez. ¡Díme que me quieres, y me harás el más dichoso de todos los hombres!

MARIA. (Con enérgica resolución.) ¡Usted está mintiendo! ¡Es usted un villano! Un miserable! ¡Un malvado! ¡Oh, suélteme usted! ¡Suélteme usted!

JUAN. (Que ha presenciado esta escena desde la reja.) ¡Ira de Dios!

CAP. (Con tenacidad.) No, no te dejaré hasta que me contestes. (En este momento Juan, que abandonó la reja, da fuertes golpes con la culata de su fusil en la parte exterior de la puerta del foro.)

MARIA. (Comprendiendo lo que sucede.) ¡Ah, Juan! ¡Dios mío! (El pestillo de la puerta salta á impulso de los golpes: Juan penetra en la escena, que iluminará un relámpago, al que seguirá un trueno, y echándose el fusil á la cara, apunta al Capitán. María, interponiéndose entre ambos.) ¿Juan, por Dios! ¡Por Dios!

JUAN. (A María, con desesperación.) ¡Quita!

MARIA. (Lanzándose sobre Juan.) ¡No!

JUAN. ¡Quita ó te mato!

MARIA. ¡No, no! (Juan hace fuego sobre el Capitán. María, al oir el disparo, avanza un poco hacia el proscenio y dice.) ¡Jesús! (El Alcalde y Teresa, ésta última con una luz que dejará sobre la mesa, salen por la izquierda.)

ESCENA XIII

MARIA, TERESA, JUAN, el CAPITAN, el ALCALDE, MOZAS, MOZOS y SOLDADOS

MUSICA

CAP. (Dirigiéndose á la reja.)
¡Favor! ¡A mí, soldados!
ALC. ¿Qué es esto?
JUAN. (¡Santo Dios!
¡Perdíme para siempre!)
MARIA. ¡Ay, llora corazón!
TODOS. (Entrando por el foro.)
¡Aquí los gritos dieron!
Aquí el tiro sonó.
Entremos y veamos
por qué piden favor.
CAP. (A los Soldados.)
¡Prended á ese Sargento!
MARIA. (Al Capitán.)
¡Piedad! ¡Piedad, señor!
CAP. ¡Atad á ese villano
que contra mí atentó!
ALC. (Aparte.)
¡Perdido está, Dios mío!
¡Tened de él compasión!
(Los Soldados atan las manos á Juan.)
JUAN. ¡Adiós! ¡Adiós, María!
Soy víctima de amor.
¡Perdóname! ¡Si muero,
por tí pediré á Dios!
¡Plácida calma!
¡Sueños de amor!
¡Dulces memorias!
¡Adiós, adiós!
MARIA. ¡Su cariñoso acento

aumenta mi dolor!
¡Perdió toda esperanza
mi pobre corazón!
¡Plácida calma!
¡Sueños de amor!
¡Dulces memorias!
¡Adiós, adiós!

Ter. (*Aparte.*)
¡Frenética le ama;
y en medio de su amor,
perdió toda esperanza,
mi plan se realizó!
Queda vengado
mi corazón;
sufra María
cual sufro yo.

Alc. ¡Oh! ¡Bien me lo decía
fatal, secreta voz!
¡Maldito el amor sea,
si tal es el amor.
¡Pobre muchacho!
Da compasión.
¡La ciega cólera
le arrebató!

Todos. ¡Pobre Sargento!
Sólo de Dios
esperar puede
su salvación.

Maria. (*Al Capitán.*)
¡Piedad, Señor, salvadle!

Cap. ¡No es digno de perdón!

Alc. ¡No llores, hija mía!

Mozas. ¡Piedad, piedad, Señor!

Cap. Llevadle, y amarrado
que espere en la prisión
el pago que merece
su estúpido furor.

MARIA. ¡No queda ya esperanza,
mi dicha se acabó,
pues pierdo para siempre
al dueño de mi amor!

TER. La muerte le amenaza,
y fuí la causa yo.
¡Mis celos le perdieron!
¡Le salvará mi amor!

TODOS. ¡Qué lance tan funesto!
¡No hay duda, se perdió!
¡Tan sólo esperar puede
de Dios su salvación!

—

JUAN. ¡Adiós, adiós, María!

CAP. ¡Llevadle!

ALC. ¡Adiós!

MARIA. (Dejándose caer en los brazos del Alcalde.)
¡Adiós!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Habitación interior en casa del Alcalde con puerta en el fondo y laterales; á la izquierda, y en segundo término, otra puerta cerrada con llave. Muebles adecuados.

ESCENA PRIMERA

MARIA, el ALCALDE, MOZAS y MOZOS del pueblo; SOLDADOS, que aparecen en el foro.

MÚSICA

ALC. Entrad, amigos míos,
mi casa vuestra es;
entrad y con franqueza
decidme qué queréis.

SOLD. Queremos ver al preso,
si cumple á su mercé,
pues todos camaradas
y amigos somos de él.

MOZAS y MOZOS. También aquí nosotros
venimos á saber
de Juan, que nuestro amigo

es desde la niñéz.
TODOS. Su suerte nos inspira
el más vivo interés,
pues todos camaradas
y amigos somos de él.
MARIA. (Adelantándose hacia el proscenio.)
¡Bien, amén, haya
tanta honradéz!
¡Tanta ternura
bien haya, amén!
ALC. Empeño generoso
sin duda el vuestro es;
pero siento, amigos míos,
no poderos complacer.
Está incomunicado,
y ya comprenderéis
que nadie, por ahora,
al preso puede ver.
TODOS. ¡Está incomunicado!
Muy grave el caso es.
¿Qué pudo dar motivo
á tal insensatéz?
Algún misterio oculto
en esto debe haber,
pues Juan ha sido siempre
modelo de honradéz.
MARIA. ¡Oh, Virgen sagrada,
sacadle con bien
del trance apurado
en que hoy se ve!
ALC. Acaso muy pronto,
mañana tal vez,
podáis vuestro deseo
satisfacer.
Volved, amigos míos,
mañana si queréis.
TODOS. Pues ya que no es posible

por hoy al preso ver,
mañana volveremos
si cumple á su mercé.

ALC. Volved, amigos míos.

TODOS. Muy grave el caso es.
¡Está incomunicado!
¡Gran Dios! ¡Qué será de él!

(Vanse por el foro.)

ESCENA II

MARIA y el ALCALDE

HABLADO

MARIA. Perdone usted, señor; pero insisto en que debo ver á Juan.

ALC. María, ya sabes que tengo mucho gusto en complacerte; pero en esta ocasión no puedo hacer lo que deseas.

MARIA. Tenga usted presente, señor, que después de lo ocurrido anoche, yo necesito ver á Juan para justificarme ante él, como me he justificado ante usted.

ALC. Tu justificación en estos momentos sólo serviría para atormentarle. Juan no desconoce la gravedad de la falta que ha cometido: la Ordenanza militar es muy severa; vé los delitos antes que las causas que han impulsado á cometerlos, y aunque el de Juan merece disculpa, porque cualquiera en su caso hubiera hecho lo mismo, al fin y al cabo ha atentado contra la vida de su jefe y... esto es grave, María, muy grave.

MARIA. Y muy injusto, señor; porque Juan no tiene la culpa de que su Capitán se haya vuelto loco, ó de que olvidando lo que debe á usted y lo que se debe á sí mismo, haya faltado y comprometido á una pobre mujer

sin razón ni pretexto que lo justifique. ¡Ah, señor! Déjeme usted ver unos instantes á Juan, déjeme usted persuadirle de que soy inocente.

ALC. Ya te he dicho, María, que no puede ser.

MARIA. ¿Y por qué no puede ser? ¿Quién se lo impide á usted? ¿Acaso no tiene en su poder la llave de la habitación en que Juan está encerrado?

ALC. Sí, María, tengo esa llave; pero es lo mismo que si no la tuviera.

MARIA. No entiendo lo que quiere usted decirme, ni por qué se obstina en no dejarme ver á Juan.

ALC. Tranquilízate, María, tranquilízate, y comprenderás las razones que tengo para obrar de este modo. La cárcel del pueblo no es otra cosa que una especie de sótano que hay en el Ayuntamiento. Por fortuna nuestra, se ocupa rara vez; pero hace unos días que nuestros soldados tuvieron la suerte de tropezar con ese famoso ladrón que era el terror de toda la comarca, y mientras la autoridad no disponga de él como juzgue conveniente, le tenemos encerrado allí. De manera, hija mía, que Juan, á la hora presente, debería hallarse en compañía de ese malvado, si yo, para evitarlo, no hubiera empeñado mi palabra de que en esta casa y bajo mi responsabilidad, estaría tan seguro y tan completamente incomunicado como en un calabozo. Díme tú ahora si debes ver á Juan, y si yo debo faltar á mi palabra.

MARIA. No señor. Ignoraba todo eso, y ruego á usted que perdone mi insistencia; pero ya que, por ahora, debo renunciar á satisfacer ese deseo, quisiera...

ALC. ¿Qué?

MARIA. Quisiera... Que viese usted al Capitán, que le hablase, que le pidiese indulgencia para Juan.

ALC. Descuída, hija mía, descuída. Pienso hacer todo eso y algo más: pienso pedirle indulgencia y justicia.

MARIA. ¡Ah! ¡Qué bueno es usted, señor!

ALC. Vamos, tranquilízate y vete. El Capitán, á quien estoy

esperando, no tardará en llegar, y no quisiera que te encontrase aquí.

MARIA. (Besando la mano al Alcalde.) En manos de usted dejo toda mi esperanza. (Vase por la puerta lateral de la derecha.)

ALC. Hay criaturas, y ésta es una de ellas, que vienen al mundo sólo para llorar. (Siéntase junto á una mesa, demostrando con su actitud hallarse muy abatido.)

ESCENA III

El ALCALDE y TERESA

TER. (Saliendo por la puerta lateral izquierda y dirigiéndose al Alcalde.) ¡Jorge! ¡Jorge!

ALC. ¿Qué me quieres?

TER. Tengo que hablarte...

ALC. Déjame. No estoy ahora para...

TER. Tengo que hablarte de un asunto muy importante. Necesito que me oigas, que me aconsejes lo que debo hacer, para remediar el daño ocasionado, y sobre todo, que me perdones.

ALC. ¿Que te perdone?

TER. Sí.

ALC. (Levantándose.) Habla, ya te escucho.

TER. He cometido una infamia. Te he faltado á tí, he faltado á María, y he sido, sin quererlo, sin sospecharlo siquiera, causa de la desgracia que todos lamentamos

ALC. ¿Tú?

TER. Sí. Yo amaba á Juan. Durante mucho tiempo he acariciado la esperanza de ser correspondida; pero al ver que regresaba más enamorado que nunca de María, y que estaba resuelto á casarse con ella, el demonio de los celos deslumbró mis ojos, ofuscó mi entendimiento, y sin calcular las consecuencias...

ALC. Sigue.

TER. Hice comprender á Juan que María le era infiel. Des-

pués, y aprovechando la afición del Capitán á María, le hice creer que era amado por ella, y la escena de anoche fué la natural consecuencia de una supuesta cita, que en nombre de María dí al Capitán.

ALC. ¡Desgraciada! ¡Qué has hecho!

TER. ¡Ten piedad de mis lágrimas y mi dolor! ¡Soy una débil mujer!...

ALC. ¡Eres una miserable!

TER. Mi amor puede disculparme.

ALC. ¡Tu amor! ¡Tu amor, y has depositado la duda injusta y roedora en el corazón de Juan, has robado á María sus más puras ilusiones y provocado en mi familia la más espantosa de las desdichas!

TER. (Arrodillándose.) ¡Perdón, Jorge, perdón!

ALC. ¡Vete!

TER. ¡No!

ALC. ¡Vete!

TER. (Levantándose.) No me voy de aquí sin la esperanza, al menos, de que llegaré á merecer tu indulgencia.

ALC. (Después de una breve pausa.) Teresa, tu falta es imperdonable y acaso imposible de remediar.

TER. Díme qué debo hacer.

ALC. Ante todo, pedir á Dios que suavice los rigores de la situación en que nos hallamos, y después...

TER. ¡Manda! ¡Ordena!

ALC. Después... No sé. Necesito meditar. Quiero estar solo. ¡Vete!

TER. Pero...

ALC. ¡Vete, digo! (Vase par la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA IV

El ALCALDE; el CAPITAN, por el foro.

ALC. ¡El Capitán! ¡Dios ponga tiento en mis manos!

CAP. Buenos días, señor Alcalde.

ALC. Buenos días, señor Capitán.

CAP. ¿Está usted solo?

ALC. Sí señor.

CAP. Me alegro, porque tenemos que hablar...

ALC. Estoy á las órdenes de usted.

CAP. ¿Dónde está Juan?

ALC. (Señalando hacia la segunda puerta de la izquierda.) Encerrado en aquella habitación. Aquí tiene usted la llave. (Sacándola del bolsillo de la chaqueta.)

CAP. Veo que es usted muy prevenido, y que ha tomado bien sus precauciones.

ALC. Precauciones inútiles, tratándose de un hombre como Juan.

CAP. Sin embargo, como casi puede considerársele condenado á muerte...

ALC. Lo estaría ya, y no tendría reparo en dejarle completamente libre hasta el momento de ejecutarse la sentencia. Tengo seguridad de que no se fugaría.

CAP. Mucha confianza tiene usted en él.

ALC. Le conozco desde que era niño. Sé que su carácter es algo violento, rudo; pero sé también que Juan es agradecido, leal, y que por nada en el mundo faltaría á los deberes que el honor y la hospitalidad imponen.

CAP. ¡Quién sabe si se equivoria usted! El que olvida el respeto que á sus jefes debe, bien puede olvidar lo demás.

ALC. Me alegro de que se haya tocado este punto, señor Capitán, porque deseo saber la verdadera causa del acaloramiento de Juan, y presumo que á usted le será fácil explicármela.

CAP. Muy fácil.

ALC. (Mirando fijamente al Capitán.) Veamos.

CAP. Anoche... después de recogerme, cuando el sueño empezaba á cerrar mis ojos, recordé que era preciso buscar un propio de confianza para que hoy al amanecer llevase unos pliegos importantes al Coronel, que se halla en la capital. Me vestí... y salí para comunicar al sargento las órdenes oportunas. Pero co-

mo estaba á obscuras, tropecé con una mujer, con María, que se asustó, pidió socorro, y antes de que pudiera decirla una palabra, Juan, que estaba de guardia, y á quien sin duda ofuscaron los celos, hizo saltar el pestillo de la puerta de la calle, penetró en la habitación y... ya sabe usted lo demás. Pero en breve lo exclareceremos todo, porque precisamente vengo á interrogar á Juan. Ruego á usted que nos deje solos un momento.

Alc. Con mucho gusto, puesto que así lo desea usted. Pero debo advertirle que no he quedado muy satisfecho con las explicaciones que acaba de darme. Por otra parte, se me figura que... efectivamente, los celos pueden haber intervenido en el asunto, y los celos, señor Capitán, ofuscan la razón, hacen perder la memoria, y hasta desfiguran los hechos.

Cap. Los que acabo de referir á usted...

Alc. Creo que no son exactos.

Cap. (En tono de reconvención) ¡Señor Alcalde!

Alc. (Con calma.) Hablemos con franqueza, señor Capitán. Estoy al cabo de todo, y sin perjuicio de volver sobre el asunto, si á usted le place, creo que estamos en el caso de ocuparnos de lo que importa. La vida de Juan se halla seriamente amenazada. ¡Pero Juan no debe ser responsable de un hecho que usted ha provocado!

Cap. ¡Que yo he provocado!

Alc. Sí señor; puedo demostrarlo. Pero como lo primero es lo primero, dejemos esto á un lado y ocupémonos de Juan, cuya vida, repito, se halla muy comprometida. ¿Qué piensa usted hacer?

Cap. La pregunta me parece ociosa, tanto más cuanto que usted ha servido al rey y sabe, sin necesidad de que yo se lo diga, lo que el deber me ordena en este caso.

Alc. Precisamente porque lo sé y porque comprendo su gravedad, es por lo que deseo que usted me diga el giro que se propone dar á este asunto.

Cap. Pues es muy sencillo. Todo se reduce á dar un parte

formal de lo ocurrido; hecho esto, el consejo de guerra y la superioridad, resolverán lo que corresponda.

ALC. Eso no debe hacerse. No puede hacerse. Porque si se hiciera, Juan sería irremisiblemente fusilado, y se daría el caso, muy triste por cierto, de que el culpable se convirtiera en verdugo del inocente.

CAP. (Irritado.) ¡Señor Alcalde! Me está usted insultando, y yo no consiento...

ALC. (Con energía.) Perdone usted, señor Capitán. Le estoy diciendo á usted la verdad, y ante la verdad no hay más remedio que bajar la cabeza.

CAP. La mía no se humilla ante nada ni ante nadie. Y basta de explicaciones, porque ni tiene usted derecho á pedírmelas ni yo obligación de dárselas.

ALC. (Con calma y un tanto incomodado.) Me parece usted un poco soberbio, señor Capitán, y la soberbia, como los celos, ofusca la razón y suele tener malos resultados. Medite usted, pues, el asunto, y vea si hay medio de arreglarlo.

CAP. ¡No hay ninguno!

ALC. ¿Ninguno?

CAP. ¡Ninguno!

ALC. Está bien. No insistiré más. Pero tenga usted presente que las consecuencias serán fatales, y que sobre la justicia de los hombres está la justicia de Dios, que exige siempre la responsabilidad á quien la tiene. (Vase por el foro de la derecha.)

ESCENA V

EL CAPITÁN, solo.

¡Me culpa! ¡Me amenaza! ¡No sé cómo he podido contenerme! Es necesario resolver este asunto sin demora. El nuevo destacamento que viene á relevarnos está para llegar y... ¡Qué veo! ¡María! Volveré. (Vase por el foro de la izquierda.)

ESCENA VI

MARIA, saliendo por la puerta lateral de la derecha; poco después TERESA, por la de la izquierda

---

MÚSICA

MARIA. ¡Se fué! Sin duda esquiva
de hablarme la ocasión.
¡Sospecha mi demanda,
comprende mi dolor,
y teme que mis lágrimas
le inspiren compasión!
(¡Teresa!)

TER. (Al fin la encuentro.)
¡María!

MARIA. ¡Santo Dios!

TER. En busca tuya vengo,
transida de dolor.
Deseo que benévola
atiendas hoy mi voz,
y anhelo que mis súplicas
muevan tu corazón.

MARIA. (¡Por qué late mi pecho
al escuchar su voz!)
Señora, á vuestras órdenes
sabéis que siempre estoy.

TER. Escúchame, María.

MARIA. Hablad, hablad.

TER. (Valor.)
Busco en vano en tal momento
una súplica, un acento,
que volver pueda la calma
á mi pobre corazón.
No le pidas á mi labio
revelar cuál fué el agravio.

Necesito que á mi alma
dé consuelo tu perdón.

MARIA Busco en vano en tal momento
la razón del sentimiento,
que turbar pudo la calma
de tan noble corazón.
Yo no exijo de su labio
me revele si hay agravio.
Mitigar quiero la pena
que os inspira tal acción.

—

TER. Gracias, María;
vuelve á decir
que me perdonas.

MARIA. Lo juro, sí,
por el cariño
de ese infelíz
á quien la vida
y el alma dí.

TER. ¡Por Juan!

MARIA. Salvarle
quiero, ó morir.

TER. Por él mi duelo
no tendrá fin,
hasta que logre
verle felíz,
en santo lazo
unido á tí.

MARIA. (Arrodillándose.)
A tal deseo
justo es rendir
gracias de hinojos.

TER. No. ¡Ven á mí!

—

LAS DOS. Sólo por él,
porque pueda vivir
toda mi alma he de dar.

Si suerte cruel
le condena á morir,
moriré de pesar.
Pueda mi amor
mitigar su dolor,
y venciendo al destino,
la ventura lograr
de quien piensa en la muerte
la dicha alcanzar.
Juntas buscar debemos
la salvación de Juan.
Sólo en su bien cifremos
nuestro mayor afán.

HABLADO

TER. No perdamos un momento. El Capitán y los soldados se disponen para marchar, porque el relevo llegará muy pronto. Si Juan marcha con ellos, está perdido y es necesario evitarlo.

MARIA. Pero...

TER. Escucha. La habitación en que se halla encerrado tiene una puerta, condenada hace mucho tiempo, que da al campo. Por esa puerta, que no es difícil violentar, puede escaparse, y como él conoce bien todos estos lugares y todos los atajos, antes de una hora podrá, burlando la vigilancia de los soldados, ganar la frontera. Ven conmigo. ¿Qué te detiene?

MARIA. ¡Ay! ¡No conoce usted á Juan!

TER. ¡Piensa, María, que le espera la muerte!

MARIA. Si está de Dios que ha de morir, morirá. Juan no quiere la vida si ha de conservarla por medio de la ingratitud y la deshonra.

TER. ¡María!

MARIA. Aún no he perdido la esperanza de salvarle. El Capitán es bueno, es noble y espero que mi dolor y mis lágrimas le inspiren compasión.

TER. (Viendo al Capitán que aparece en la puerta del foro.) ¡Silencio! ¡Aquí está! Te dejo sola con él. (Vase por la puerta lateral de la izquierda.)

ESCENA VII

MARIA y el CAPITAN; después TERESA

CAP. (Entrando pausadamente y fijando la atención en la puerta por donde entró Teresa.) María, el amor es muy tirano; pero yo, que no soy rencoroso, te perdono la ingratitud con que me correspondes.

MARIA. Todos faltamos, señor, y debemos ser indulgentes. El mismo Juan, bien lo sabe usted, ha sido impulsado por circunstancias independientes de su voluntad, y merece disculpa.

CAP. Yo no puedo dejar impune el delito que ha cometido.

MARIA. (Con dulzura.) ¿Y por qué lo ha cometido, señor? ¿Quién le ha impulsado á cometerlo?

CAP. No creo que soy yo quien deba decirlo. Tú misma puedes contestarte.

MARIA. ¡Yo!

CAP. ¿Acaso no tienes tú la culpa de todo? ¡A quién diablos se le ocurre darme una cita y dejar la ventana abierta, sabiendo que Juan estaba á dos pasos de la casa!

MARIA. (¡Qué dice este hombre!) ¡Que yo he dado á usted una cita!

CAP. María, no seas injusta conmigo. Confiesa que no habías pensado en el fatal desenlace que tu cita podía tener.

MARIA. (¡Este hombre ha perdido la razón ó es el más villano de los hombres!)

CAP. ¿Ahora te sorprende?

MARIA. Señor Capitán, yo puedo decir á usted que salve á un inocente. Usted puede no hacer caso de mis súplicas... ¡Pero insultarme!... ¡Calumniarme cobardemente!... ¡Oh, esto es indigno, señor, es infame!...

CAP. ¡Pues qué! ¿Te atreverías á negar que anoche me diste una cita para después del toque de ánimas?

MARIA. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Existen seres capaces de suponer en mí semejante infamia?

TER. (Saliendo por la izquierda.) Sí, María. Yo cité anoche al Capitán suponiendo que lo hacía en nombre tuyo.

MARIA. ¡Usted!

TER. Yo misma. Nada importa por qué lo hice; lo que importa es que sepa todo el mundo que eres inocente, y que yo, sólo yo, soy aquí culpable de todo.

CAP. Perfectamente. Comprendo la intención, y no puedo negar que es buena; pero por esta vez se han equivocado ustedes. Aquí todo el mundo se ha puesto de acuerdo en favor de Juan y en contra mía.

TER. Señor Capitán, nosotros sabemos que Juan ha cometido una falta grave; pero usted, que es un caballero y sabe lo que ¡es amar, sabrá perdonarle y perdonarnos.

MARIA. ¡Ah, señor! ¡Perdón para Juan! ¡El es mi única esperanza! ¡Tenga usted compasión de nosotros!

ESCENA VIII

DICHOS y el ALCALDE, por el foro.

ALC. ¡Basta ya!

MARIA. (Dirigiéndose al Alcalde.) ¡Por Dios, señor!

ALC. Idos de aquí. Tengo que hablar á solas con el señor Capitán. (María y Teresa, dominadas por la severa actitud del Alcalde, se retiran por la derecha.)

ESCENA IX

El CAPITAN y el ALCALDE

ALC. (Al Capitán.) Propio es de almas generosas no olvidar los beneficios recibidos; y la tenáz resistencia que usted opone á la cariñosa solicitud con que abogamos

por ese noble y valiente soldado, me obliga á revelar á usted un hecho cuyo recuerdo vivía oculto en el fondo de mi corazón.

CAP. ¡Qué quiere usted decir!

ALC. Va usted á saberlo.

MUSICA

ALC. En un pueblo cercano
á la vecina sierra,
há un año que se hallaban
las tropas de la Reina,
en número muy débiles
más fuertes por su ardor.
España entera ardía,
cual hoy en cruda guerra,
y á un capitán bizarro
fióse la defensa
de aquel invicto pueblo
de indómito valor.
Al fin sobre él cayeron
centuplicadas fuerzas;
tan sólo de salvarle
había una manera:
ganar con fiero arrojo
el paso á la facción;
y en una noche obscura,
triste, espantosa, horrenda,
que en sombras envolvía
el monte y la pradera,
el Capitán lanzóse
en desigual acción.

CAP. ¡Y bien...! Señor Alcalde...
¡Acabe usted por Dios:
que tengo vida y alma
pendientes de su voz.

ALC. En una y otra parte

sonó el grito de guerra;
la lucha encarnizada
crecia más y más,
y el pueblo quedó libre,
mas no sin honda pena,
que herido gravemente
cayó allí el Capitán.
Y presa hubiera sido
de la canalla fiera,
si un mísero soldado,
bravo, noble y leal,
con riesgo de la suya
allí no defendiera
la vida amenazada
del yerto Capitán,
cubriendo con el suyo
su cuerpo herido en tierra,
sacándole en sus brazos
de aquel trance fatal.

CAP. ¿Quién es ese soldado
tan bravo y tan leal?
¡Saber su nombre quiero!

ALC. Es el sargento Juan.

HABLADO

CAP. ¡Juan! ¡Dios mío! ¿Conque es Juan el hombre generoso que me ha salvado la vida? ¡El bravo á quien se debe la gloria de aquella jornada! ¡Ah! (Vase precipitadamente por el foro de la derecha.)

ESCENA X

EL ALCALDE; poco después MARIA y TERESA

ALC. ¿Qué es esto? ¡Se marcha cuando empezaba á renacer en mi alma la moribunda esperanza de salvar á Juan!

Cuando... Pero no. ¡He visto rodar una lágrima por sus mejillas! ¡Ah! ¡Dios le ha tocado en el corazón! (Dirigiéndose hacia la puerta lateral de la derecha.) ¡María! ¡Teresa!

ESCENA XI

MARIA, TERESA, el ALCALDE y el CAPITAN

CAP. (Desde el foro y hablando con los que se hallan dentro.) Llegad, amigos míos. Venir todos. (Entrando y dirigiéndose á la segunda puerta de la izquierda, que abre con la llave que le entregó el Alcalde en la escena cuarta.) ¡Juan! ¡Amigo Juan! (Juan aparece en el dintel de la puerta.)

MARIA. (Demostrando júbilo al verle.) ¡Ah!

CAP. (A Juan.) El soldado ejemplar que ennoblece á su patria y á quien debo la vida, no puede permanecer encerrado un momento más. Aquí está mi mano.

JUAN. (Sin aceptarla y avanzando algunos pasos.) ¡Mi Capitán! ¡Si algo digno de alabanza hice en este mundo, fué inspirado por esa mujer, (Señalando á María.) á quien amaba con toda mi alma!

CAP. Pues bien. Sólo la mujer que ha inspirado á usted tan nobles sentimientos, debe ser su compañera. Usted se queda aquí para no separarse ya de María. Yo me encargo de obtener y mandar á usted su licencia.

ALC. (A Juan, viendo que vacila en aceptar el ofrecimiento.) ¡Juan! Tiene un noble corazón quien te habla. Yo te lo fío.

JUAN. (Adelantándose y estrechando las manos al Capitán.) Gracias, gracias. (Los Soldados y las Mozas y Mozos del pueblo entran por el foro.)

CAP. Silencio. Ya están aquí.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, SOLDADOS, MOZAS y MOZOS del pueblo.

CAP. (A las gentes del pueblo.) Amigos míos: os hice llamar

para deciros que las apariencias nos han engañado á todos. Juan es inocente. Hizo fuego sobre mí hallándose á obscuras y en la creencia de que un malvado se había introducido furtivamente en esta casa. (Los tambores y cornetas del nuevo destacamento que llega al pueblo, se oyen á lo lejos.) Soldados: ahí está nuestro relevo. (Acercándose á Juan y María.) ¡Adiós, María! ¡Adiós, Juan! (Alargando la mano al Alcalde.) ¡Señor Jorge! ¡Mi deuda queda pagada!

ALC. (Arrojándose en los brazos del Capitán.) ¡Señor Capitán!

CAP. (A los Soldados y dirigiéndose al foro.) ¡Vamos!

MARIA. (Siguiendo con la vista al Capitán.) ¡Dios le premie su bondad!

ALC. (Levantando los ojos al cielo.) ¡Bendito sea Dios! (Juan y María, cogidos de la mano, se adelantan hacia el proscenio y cantan la estrofa del terceto final del acto primero.)

Siempre fué de tu cariño
amante esclavo mi corazón,
y en el pecho que siente, que ama,
que late y vive para el amor,
anidarse no puede la duda,
ni el despecho ni el fiero rencor.

FIN DE LA ZARZUELA

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.